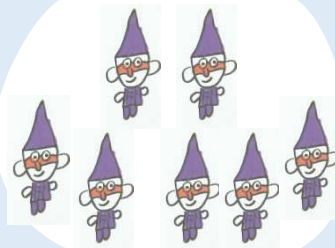


Imagina que...



EL BELLO DURMIENTE era un príncipe que durmió 100 años



LOS 7 ENANITOS protegen el bosque durante 100 años



Los LADRONES llegan al bosque en busca de las riquezas del príncipe

EL BELLO DURMIENTE EN EL RALLO

Mi abuelo me contó que se lo contó su abuelo, que hace muchísimos años entre la espesura del bosque que los vio crecer, en la Masía del Rallo, existió el castillo del Príncipe Durmiente. Dicen que era el príncipe más justo que jamás ha existido, y que estuvo durmiendo cien años por culpa de un hechizo.

Cerca del castillo había una casita diminuta, en la que vivían siete enanitos de pequeña estatura y de corazón muy grande, que acogían en su casa a los que se perdían en el bosque (...la mismísima Blancanieves pasó con ellos una temporada). Y también había cinco casas, ni muy grandes, ni muy pequeñas, habitadas por cinco familias. En cada casa había una vaca que les daba leche para el desayuno, gallinas que ponían huevos para la comida, ovejas que les daban lana para los jerséis y abono para las cosechas, un huerto y abejas que fabricaban miel.

El cielo era paraíso de muchas aves: águilas, halcones, buitres, azores, milanos, búhos... Altos pinos, viejos tejos, enebros de verdes tonos, algunos espinos, guillomos, bojés, diversos matorrales, e infinidad de matas de infinitas hierbas daban cobijo a un montón de animales: ardillas, cucos, picapinos, abubillas, mirlos, herrerillos... El suelo también estaba repleto de madrigueras y galerías, moradas de: zorros, liebres, topillos conejos, tejones, lirones, comadreas, garduñas, ginetas, erizos...

Todos vivían en armonía con la naturaleza hasta el día del comienzo del hechizo, en que el Príncipe y todos los habitantes del palacio, incluidos los gatos, quedaron dormidos, y el castillo camuflado entre la maleza.

Pronto se corrió la voz: -¡El Príncipe más justo que jamás ha existido, ha caído en un profundo y largo sueño! Ladrones y ladronas de todos los lugares del mundo llegaron hasta el bosque con la intención de encontrar el castillo, y aprovechar el hecho de que los soldados y los guardianes también dormían, para robar las riquezas que allí habría.

Por suerte, sólo los enanitos y las familias de las cinco casas conocían el lugar exacto y, por supuesto, supieron guardar el secreto.

Los ladrones y las ladronas, muertos de rabia porque no se salían con la suya, encendían fuegos como venganza. ¡El bosque estaba en peligro!

Día tras día y año tras año, ante la mirada triste y asustada de los animalitos, los enanitos y sus hijos, y los hijos de sus hijos, y las cinco familias y sus hijos, y los hijos de sus hijos trabajaron sin descanso protegiendo al bosque, apagando todos los fuegos. Y así, hasta cien años.

Transcurrido el tiempo, un día lluvioso y fresco de otoño, una joven leñadora apareció en el bosque. Al verla, los enanitos y las familias de las cinco casas respiraron aliviados.

-¡Al menos, tiene buena pinta! ¡Quizá nos pueda ayudar!- pensaron.

Como vieron que sus ojos eran sinceros, le confiaron su sufrimiento.

-No podemos dejar de proteger nuestro bosque, estamos muy cansados, nuestras fuerzas se están agotando.

Y en efecto, ella les contó que conocía un remedio para despertar a los hechizados.

-¡Yo os ayudaré! ¡Necesito una barbuda, su polvo servirá para romper el hechizo!- comentó. No se refería a una mujer con barba, sino a la seta que tiene ese curioso nombre.

-¡Eso está hecho!- dijeron los enanitos, que conocían a la perfección todas las setas que nacían en el bosque. Y en un abrir y cerrar de ojos la tuvo en su mano.

Juntos se dirigieron hacia el castillo. Llegaron a un paraje en el que la luz de los rayos de sol se filtraba entre la maleza, con un color especial.

-¡Aquí es!- indicó el enanito más viejo.

Al acercarse, la joven esparció el polvo de barbuda y la maleza se abrió como por arte de magia y apareció ante sus ojos el imponente castillo que había pasado cien años sin ser descubierto. Felizmente no estaba en ruinas, ni abandonado, ni mucho menos deshabitado.

¡Era el comienzo del fin del hechizo! El Príncipe y todos los habitantes del castillo despertaron de su larguísimo sueño. El silencio se hizo pedazos: los perros ladraron, los caballos relincharon, los gatos maullaron, las fuentes brotaron, los pájaros cantaron.

¡Qué alegría en el bosque! Todos rieron y lloraron.

El príncipe expresó su gratitud a la joven y pidió a una de las hadas del castillo que le concediera un deseo.

La muchacha, miró a los enanitos y a las familias de las cinco casas y sin pensarlo mucho manifestó su buen deseo:

“Sembrar en el corazón de todas las gentes que pusieran un pie en el bosque la semilla del amor por la naturaleza”.

Y ocurrió que, a partir de ese momento, el bosque recibió siempre buenas acciones por parte de todos sus visitantes: muchos plantaban árboles..., todos recogían la basura que encontraban a su paso..., algunos curaban a los animalitos heridos..., otros recogían a los parajitos indefensos caídos del nido cuando intentaban aprender a volar..., había quienes les fabricaban casitas y las colgaban en los pinos..., y quienes enseñaban un mapa al ver las aves de paso para que no perdieran el rumbo de su viaje..., muchos colocaban carteles con mensajes a favor de la protección del pinar..., otros esparcían semillas de flores para tener el bosque más hermoso del mundo...

Esta historia sucedió en Cantavieja.